

PRÓXIMO NÚMERO:

La interesante gran novela-film basada en la adaptación cinematográfica de la célebre obra francesa
«La fille des chifonniers»:

La hija de los traperos

POR
BLACHE MONTÉL



Postal-fotografía:

Pola Negri



Precio: 25 céntimos

Sale todos los miércoles

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 30

25 cts.



**LA CHICA
DEL TAXI**

por los
esposos de Haven

Filmoteca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º XXX

LA CHICA DEL TAXI

Adaptación cinematográfica de la co-
media del mismo título original de

ESTANISLAO STRANGE

PROTAGONISTAS: los esposos DE HAVEN
en los papeles de «Carlitos» y «Mignon
Smit» (La chica del taxi) respectivamente

CONCESIONARIOS: EMPRESAS REUNIDAS S. A.
Paseo de Gracia, 56 :-: BARCELONA

PREÁMBULO

Carlitos Stewart, que si mis cálculos no me
engañan, pasaba de los diez años, pues se ha-
llaba á un paso de chino de los veinte, era un
muchacho excelente... porque todavía, á lo me-
nos hasta el momento en que por vez primera

le vimos en nuestra vida, no se había demostrado lo contrario.

El viejo preceptor de Carlitos, un licenciado en ciencias exactas, tan exactas como sus sesenta años de santo varón, y en letras, de las que no se cambian, pero con las cuales se acreditaba de sabio, justificándolas, pues, de *letras de crédito*, era una de las personas que habían impedido que Carlitos se demostrara.

La señora de Stewart, cuyo amor maternal le ocultaba que su «angelito» iba dejando de serlo, estaba completamente ajena a la lógica suposición de que cuando menos se piensa salta la liebre ó, en este caso, cuando menos lo pensara el «angelito» haría de las suyas, resultándole un «*angelito volador*».

El señor Stewart, padre de Carlitos, famoso filántropo, y su viejo amigo el Doctor Paul, no se separaban más que, ¡cosas del oficio! cuando el galeno había de ir á dar el golpe de gracia á uno de sus enfermos, regresando luego rápidamente al lado de su amigo, atusándose el bigote, satisfecho de haber desahuciado al otro mundo, donde le sería más fácil encontrar un piso barato, á uno de sus clientes morosos.

El señor Stewart y el Doctor Paul tenían una eterna discusión sobre la ley de herencia. El primero, que era tan incrédulo como Santo Tomás, ó quizá un poco más, diferenciándose de ese Santo en que no le bastaba poner el dedo sino la cabeza con su respectivo cuello en aquello que había de creer, temía que su hijo fuese un pobre de espíritu... un tímido. En cambio, el Doctor Paul creía en el viejo refrán: «De tal palo, tal astilla». Por lo tanto, la vida

daría la razón á uno de los amigos presentándoles un día á Carlitos como lo temía su padre, ó, según la opinión, basada en el adagio, del Doctor Paul, sin un solo pelo de tonto y con mucho arte en el fingir y en andar á tientas cuando seres y cosas dormían en la casa.

Al grano

El señor Stewart, esposo de la madre de Carlitos y padre de éste, recibió el telegrama siguiente:

«Hoy llegaré á Nueva York. Tendré gusto visitarle para dar usted gracias por honor concedido á mi esposa.

Federico Smith^a.

Es de un tal Smith, de Red Bank, en New Jersey...—dijo en voz alta al Doctor—. Hace poco concedí á su esposa una medalla por sus obras humanitarias... Fundó un asilo para perros huérfanos.

En esto apareció Carlitos con su preceptor, quien dijo al señor Stewart á propósito de su hijo:

—Es un muchacho más despierto de lo que parece... mucho más listo de lo que se cree...

El preceptor se retiró á su habitación, pues vivía en la casa; el padre de Carlitos se sonrió y su amigo el doctor le hizo un guiño, como diciéndole: «Alégrate, ya verás como seré yo quien tendrá razón.»

Carlitos también intervino. Cariñoso, quitándole unos pelitos del cuello de la americana, dijo á su padre:

—Papá... Creo que ya es hora de que me des algo más para mis gastos.

¡Ah! ¡Vamos! — pensó para sí el señor Stewart— ¿Qué negocios había en puerta? En qué quería gastarse Carlitos más dinero? Bueno, eso no debía importarle; mejor que mejor que se espabilase... pero sin acudir á su bolsillo, porque entonces ello no fendiría ningún mérito. Para salir airoso de una empresa cualquiera--opinaba el padre de Carlitos--uno debe atribuir el triunfo á su ingenio y no á medios para alcanzar los cuales basta con sólo alargar el brazo. Le contestó, pues, fingiendo haberle sorprendido su petición de aumento de «suelo»:

—¡De ningún modo! Cinco dólares á la semana es mucho dinero para un chico de tu edad... No malgastes...

Carlitos hubiera querido protestar, demostrando á su padre lo que eran 5 dólares, pero otra solución iluminó su espíritu. La aceptó y pondría empeño en ejecutarla. ¿Qué hacer? ¿Acudiría á las cartas? ¿Al «pocker»? No le parecía bien. ¿Al «bridge»? Tampoco. ¿Al monte? ¡Ah! este juego le inspiraba confianza. De consiguiente, ¡acudiría al monte!

El sobrino de la Señora Stewart, Percy Petes, y su esposa Mary, se instalaron unos días más tarde en la casa de aquella.

Percy tosía mucho; el pobre necesitaba de muchos cuidados y una buena temporada en Nueva York era cosa sabida que le sentaba bien.

Carlitos quería mucho á su primo Percy, que le daba siempre algún dinerillo. Era un cariño puramente de primo. No era pues de

extrañar que, apenas llegado, le siguiera hasta la habitación que se le reservaba cada vez que iba á su casa.

En aquella, Percy respiró á todo pulmón, ensanchándosele el pecho de satisfacción y exclamó:

—¡Dios mío! ¡Qué ganas tenía de estar otra vez en mi buen Nueva York!

Asombrado de la alegría de su pariente, Carlos díjole:

—¡Demonio, primo Percy!... Yo creí que estabas enfermo...

—Sí, Carlitos... Pero no de bronquitis. Lo de la tos es un camelo que me traigo todos los años para venir una temporadita á Nueva York, y correrla algunos días...

—¿Y qué es correrla?

—¡No has tenido ninguna aventura en tu vida? Por la cara que pones adivino... ¿Verdad que acierto?

—Si me prometes guardarme el secreto te contaré la única aventura de mi vida.

—Ya me parecía á mí... Anda, suéltame lo que te ha sucedido y hazte el cargo de que yo soy una tumba india en una selva casi virgen.

—Hace algunos días le dije á papá que me aumentara la asignación que me tiene señalada. En vista de que se negaba y que yo no tenía un cuarto, le limpié su mejor traje por unos cuantos dólares... Cuando me disponía á gastar la tela alegremente, por poco me tropezó con mi padre; evité su encuentro metiéndome en un taxi sin que el chófer me viera... Una chica preciosa lo había mandado parar y subió en él cuando hubo terminado sus com-

pras en un establecimiento frente al cual estaba el automóvil... Figúrate, primo, la cara que me puso la señorita cuando, al sentarse, me vió á su lado. (Te diré que yo no hice el menor movimiento cuando abrí la portezuela del coche). Quiso gritar y la rogué que por favor se tranquilizase. Le conté mi odisea y, chico, simpatizamos mucho, tanto, que aceptó una cena en el café de la Paix...

—Eso se anima, Carlitos...

—La cosa se resumió en un "tite-à-tite" en el restaurant; fué una amistad platónica, dulce, cosquilleante como el champaña... «Quisiera usted al menos decirme su nombre?—la pregunté—. No puedo decirselo. Llámeme... «La Chica del Taxi»...»—contestóme—. Se marchó después de la cena y no he vuelto á verla más... Y así empezó y así acabó la única aventura de mi vida.

—¡Estupendo, Carlos, estupendo! Pero te quedaste con el deseo de gustar la miel de la paloma que te voló... y eso ya no me gusta tanto. Hay, sin embargo, la posibilidad de volverla á encontrar en Nueva York. Si este caso llega, cázala hábilmente, muchacho... y tráemela.

—¡Quita de ahí, guasón! Qué más quisieras tú...

Como lo había anunciado por telegrama, Federico Smith, conocido fabricante de perfumes y anónimo Comandante del Ejército de Perdición, agregado al Estado Mayor de New Jersey, acompañado de Mignon, su joven esposa, cuya vida estaba consagrada por entero á la caridad y á las obras pías, llegó á casa

del señor Stewart. La doncella salió á abrirle la puerta. Federico le dió su tarjeta de fabricante de perfumes. La doncella le enteró de que el señor no se hallaba en casa y que, en tanto que no regresara, avisaría á la señora. Federico Smith, no pudiendo esperarse, encargó á su esposa de dar ella misma las gracias al señor Stewart por la medalla y la dejó sola en el recibidor de aquella casa. Tras breves momentos de espera, la doncella volvió al lado de Mignon y la hizo pasar al salón para que descansara, mientras buscaba á la señora que debía estar probablemente en sus habitaciones pues no la encontró en ninguna otra parte.

Carlitos, que salía del cuarto de su primo y fué á pasar por el salón precisamente, se sorprendió gratamente al ver ante sí... ¡á la Chica del taxi!

Rápido como la centella, Carlitos alcanzó á su amiga, á la que dijo:

—Precisamente ahora estaba pensando... es decir... hablando de usted.

—Muchas gracias por el recuerdo—contestóle ella.

Percy también salió de su habitación y, habiendo visto á una dama que no le pareció mal, no se hizo de rogar para adelantarse hacia la pareja en conversación. Con galantería, Carlitos hizo la presentación:

—Mi primo, Percy Peters... La señorita... Pérez. (Este fué el nombre que Carlitos eligió para salir del paso, pues ya sabemos que no le conocía el nombre). Sin embargo, como que Percy ya estaba enterado de la aventura, le

dijo aparte: «¡Es la chica del taxi!»

Se reanudó la conversación, interviniendo en ella á menudo Percy. A éste, que se pasaba de listo, le había entrado por el buen ojo la protagonista de la aventura de Carlos, y muy políticamente trataba de desbancarlo. La intención le valió una zancadilla de Carlos á consecuencia de la cual la retaguardia de Percy magullóse en el suelo.



La intención le valió una zancadilla...

La doncella apareció de nuevo para anunciar que la señora Stewart saldría inmediatamente.

Carlitos y Percy desaparecieron; no tenían interés en que su madre y tía respectivamente los viera allí, con una señora, por si acaso se

le ocurriera indagar el origen de aquella amistad. ¡Con la rigidez de sus principios! ¡La que se armaría!

Mignon, la señora Stewart y la esposa del primo Percy hablaron de varias cosillas. El señor Stewart no tardó en llegar. Después de haberle agradecido infinidad de veces la atención que tuvo con ella otorgándole una medalla, Mignon se despidió de él y de las dos señoras, marchándose luego. Al cruzar el pasillo de la casa, Carlitos le salió al encuentro para decirle precipitadamente:

—La invito á cenar esta noche en el café de la Paix... ¿Quiere usted aceptar? ¿Qué? Por favor... aunque no sea más que por esta vez. ¿Aceptado?

—Es usted muy atrevido... ¡Aceptado!

Mignon salió de la casa.

Carlitos buscó á su padre, le halló y, aunando sus fuerzas para revestirse de un poco de energía, le dijo:

—Papaíto, es preciso que me des más dinero.

—¡De ninguna manera!

Sin más recursos que su talento de veinte años, Carlos buscó ayuda en el ropero de su padre. Mientras ponía la vista en un gabán de pieles, cuya prenda tenía un *empeño de abrigo*, el doctor Paul, el ilustre doctor, telefoneaba á Perico, un camarero conocido del café de la Paix, para que le reservase un comedor particular para la noche, como de costumbre.

¡Hay que ver...!

El doctor Paul, el «amigazo» del señor Ste-

wart, recordó á éste, antes de marcharse á cenar, que tenían aquella noche una cita en el café de la Paix, para que procurase que las mujeres y los dos hombres (Carlitos entraba por casualidad en esta categoría) se retirasen pronto á sus respectivas habitaciones.

La velada en familia fué más soporífera que de costumbre.

El señor Stewart, disimulando un aburrimiento cargante, debajo del diario, comentó en voz alta:

—Lo único que hay en la prensa son dramas pasionales y divorcios sensacionales... ¡Ah, lo mejor es irse á la cama!

—Gracias á Dios,— dijo la señora Stewart á Mary— mi hijo no ha tenido todavía ninguna aventura del corazón.

—¡Oh! ¡Cómo la amo! ¡Cómo la quiero! Necesito dinero... mucho dinero...—exclamaba, de repente, Carlos, que dormía sentado en un sillón.

Sus padres le despertaron; pero antes Percy le pisó el pie para que no hiciera más revelaciones comprometedoras.

—Hijo mío... estabas soñando en voz alta— le dijo su madre— y decías que amabas á alguien y que necesitabas dinero.

Sorteado hábilmente la situación, Carlitos contestó:

—No tiene nada de particular... Soñaba en vosotros...: quiero á mamá... y papá es el que tiene que darme más dinero.

No por haber sorteado la suerte pudo Carlos salir premiado en el sorteo con unas pesetas miserables más.

¡Qué tfo, digo, qué padre más tacaño!

Por la noche, tres almas (el señor Stewart, Percy y Carlos) y un solo pensamiento (el café de la Paix) salieron de casa sigilosamente, sin verse mutuamente, claro está.

Carlos, que no llevaba mucho dinero encima, (su capital no excedía de seis reales en calderilla) se halló frente al ropero de su padre y otra vez su elección recayó en el sobretodo forrado. Decididamente, la piel del gabán no sería de cabra, pero tiraba al *Monte*.

En el café de la Paix, Mignon y Carlos se instalaron en un bonito comedor reservado que les recomendó un camarero muy antiguo de la casa con más ambición que suerte.

Apenas sentados en sus respectivas sillas, frente á la mesa cubierta de blanquísimo mantel, el camarero, rígido y automático, se puso inmediatamente á sus órdenes:

—¿El señor desea que sirva los vinos ahora?

Carlos contestó vagamente; el camarero, mucho en conocer la bolsa del cliente por el menor gesto facial, tuvo una nueva decepción. Al ir á buscar los vinos y las ostras que se servían á guisa de aperitivo, vió á otro camarero á quien, disgustado, dijo:

—¡Ya estoy cansado de servir á viejos verdes y á pobres hijos de millonarios...! Mañana voy á servir á verdaderos aristócratas.

Regresando luego al reservado donde estaba Carlos con la esposa del fabricante de perfumes, á quien ella había dicho que había sido invitada á cenar por una distinguida familia, y que la aceptó porque él, su marido, tenía una reunión con varios agentes, (dos bolas) el ca-

marero preguntó á Mignon:

—¿La señora compondrá el menú?

Carlos se preparaba á recibir un excesivo sablazo á su bolsillo. Escuchó con siete orejas y media lo que iba proponiendo el camarero y aceptando Mignon:

—¿Sopa Saint Germain?

—¡.....!

—¿Lenguado á la parisiense?

—¡.....!

—¿Chuletas con alcachofas?

—¡.....!

—¿Setas á la "maitre d'hotel"?

—¡.....!

—¿Filetes...

Aquí interrumpió Mignon al camarero:

—No... Tomaremos unas codornices al champaña.

Carlos, que con la carta en las manos había sumado el importe de cada encargo de platos, y contado varias veces los escasos billetes que poseía, no saliéndole las cuentas, palideció y musitó al oído del camarero.

—Mi codorniz que la guisen con agua.

Para que el camarero no se extrañase de su preferencia por el agua en vez de champaña, le hizo esta aclaración:

—¿Sabe usted...? Ya no dan tanto por los abrigos de pieles.

El camarero fingió no comprender; de todos modos era preferible la franqueza de Carlos... á que al presentarle la nota se *escurriese*, dejando sólo las *escurriduras*...

Salió, pues, el camarero, del comedor de Carlos, para preparar el servicio.

El primo Percy, llegado ya al café Paix, buscando un comedor libre, abriéndolos todos á continuación de un discreto golpe en la puerta con los nudillos, (si la puerta de los reservados cedía á su impulso, no cometía ninguna imprudencia, pues los que había dentro debían ser prudentitos) abrió también la puerta del comedor donde se hallaba Carlos.

Mignon, al oír el golpecito anunciador del intruso, se ocultó detrás de un cortinaje que cubría la abertura de un balcón.

Carlos y Percy celebraron encontrarse en lugar tan serio.

—¡Demonio, primo...! ¿En busca de otra aventura?

—Estaba citado con una señorita aquí...

—Vaya con Carlitos...

—¡Que se le va á hacer! Y para que veas lo que son las cosas, estaba pensando ahora mismo en tí. Préstame diez dólares.

—¡Pero tú eres el que bebes y yo pago! ¡Tómalos!

—Gracias, primo. Estoy citado aquí con la chica del taxi... ¡asómbtrate! Le he dicho al camarero que tan pronto como venga la haga pasar aquí, al cuarto número seis.

—¡A ver si vas á dejar al Tenorio en mantillas!. Bueno; yo voy á ver, para no estorbarte por más tiempo, pues esa chica te puede llegar de un momento á otro, si encuentro un comedor para mi. Adiós... y que aproveche.

—Gracias, primo; pero, ¿y los diez dólares que me has prometido?

—Tómalos. ¡Adiós!

Mignon, que por entre los pliegues del corti-

naje había visto la ingeniosa combinación de Carlos se sonrió al comprobar como Carlos pudo sonsacar dos veces diez dólares a su primo. Se necesitaba ser un buen primo para caer en la trampa.

Un camarero indicó á Percy que podía disponer del reservado número 9. El número 9, invertido, se convierte en 6 (matemáticas de conveniencia) y esa conversión la hizo Percy para que la chica del taxi, que según Carlos estaba por llegar, acudiese á su comedor en lugar de ir al de Carlos. En efecto: después de cambiar la posición de los números de los reservados de Carlos y del suyo, el comedor de Carlos tenía el número 9 en vez del 6 que le correspondía, y el de Percy el número 6 en vez del 9. ¡Pero podía esperarse sentado!

Un personaje inesperado también tuvo la idea de solazarse un poco aquella noche en el café de la Paix: ese era el esposo de Mignon. Vestía el uniforme de Comandante del Ejército de Perdición.

Al indicársele que todos los reservados estaban ocupados, gruñó al camarero:

—¡Tenga usted presente que en este momento no soy Federico Smith, el perfumista, sino el Comandante Smith y que soy temible cuando me pongo el uniforme!

—Caballero... —se atrevió á contestarle el camarero requerido por él— No estoy seguro... pero me parece que el comedor número 9 está vacante.

El comedor número 9 era, por la inversión de los números hecha por Percy, el comedor de Carlos. El Comandante lo buscó siguiendo

la numeración de los demás comedores.

En tanto, Mignon hacía una confesión á Carlos:

—¡Soy una mujer casada!

Carlos no le dió importancia al estado deseando únicamente que no conociera nunca al marido si la amistad con Mignon se continuase deliciosamente.

Una voz que preguntaba desde fuera si se podía entrar en el comedor donde estaban Carlos y Mignon, llenó de pánico á ésta—¡pues reconoció á su marido!

—¡Cielos! ¡mi marido!—exclamó.—

Alarmadísima, Mignon escondióse detrás del cortinaje.

A Carlos se le cortó el habla.

Federico Smith, figurándose que el comedor estaba libre, como lo suponía el camarero, entró en él.

—¡Ah!... Perdone usted, caballero... Creí que no había nadie...

—Sí... sí, estaba bebiendo cuando llamó usted... Por eso... claro... ¡Qué agradable coincidencia... ¡Mi papá también pertenece al Ejército de Perdición.

—¡Me alegro, joven. Yo soy el Comandante Smith, agregado al Estado Mayor Central de New-Jersey... y cuando me pongo el uniforme ¡soy terrible!

—Caramba—pensó Carlos—este hombre, si supiera... ¡se me comía vivo! Mi nombre es Duval—dijo al fin Carlos dándole un falso nombre.

—¡Ah, ya!... ¡Armando Duval!... ¿Y dónde está su Margarita?



Mi codorniz que la guisen con agua

- No hay tal Margarita...
 —¡Cómo! ¿Ostras para dos?... Entonces espera usted á su Margarita...
 —Sí... esperaba pero... pero ya no vendrá.
 —Entonces, le haré compañía. Siéntese, hágame el favor. Supongo que no le molesto.
 —De ningún modo...
 —Tenia que verme aquí con todo el Estado Mayor, pero sin duda llegué tarde. Telefoné á mi señora, pero estaba fuera de casa... ¿Conoce usted á mi esposa?
 —No... no tengo ese honor...
 —¡Ah! es una preciosidad.
 —¡Ya lo creo!
 —¿Y cómo lo sabe?
 —Usted mismo acaba de decirlo.
 —No estoy celoso de mi mujer... pero si la pescara con otro hombre, con lo terrible que soy vestido de uniforme, los aplastaría como si fueran un *biscuit glacé*.
 Carlos se encomendaba al Todopoderoso.
 —¿Qué es esto?... Sí... ya lo creo...—exclamó de pronto Smith.— No me equivoco... En este reservado ha habido alguien que llevaba el mismo perfume de mi esposa...
 —No... no... Está usted equivocado...— se apresuró á contestar Carlos.
 —Y ¿qué sabe usted cómo huele mi esposa?
 —Yo no sé... yo no sé...
 —Ese perfume se llama Mignon, porque lo bauticé con el nombre de mi esposa... Y lo distinguiría entre mil perfumes.
 —Eso no quiere decir nada...
 —Sí que quiere decir... ¡Sí!...
 —¡Ay, ay ay!—pensó Carlos—¡Ya me veo al

otro mundo!

—... Quiere decir que mi perfume se vende en Nueva York... Quiere decir que ya es un éxito... un éxito para mi fábrica.

—¡Ah, eso sí!

—Esa señora que lo usa la tiene usted escondida detrás de ese cortinaje que acaba de moverse... Le he estado molestando á usted perjudicándola... Muchas gracias... mi amable desconocida... Me gustaría tener el honor de conocer á usted.

Por fin, el Comandante se marchó, volviendo continuamente la cabeza hacia el cortinaje para sorprender á la dama si ésta saliera de su escondite antes de que él hubiese desaparecido de allí.

Mignon y Carlos llenaron de aire sus pulmones encogidos por la emoción.

Súbitamente volvió al comedor de Carlos, Federico Smith, que se había olvidado los guantes. Mignon tuvo el tiempo justísimo de arrojarlos detrás del cortinaje protector.

—Amigo mío...—dijo á Carlos, alegremente, el terrible Comandante— Esta vez sí que por poco la veo.

¡Pues si la llega á ver!

Apenas salida de nuevo de su pavor, Mignon fué presa de otro... pero Carlos la tranquilizó en seguida pues era el camarero que traía la cena.

—Ya se me han quitado las ganas de cenar—manifestó Mignon nerviosa.

—La señora ya no quiere cenar...—comunicó Carlos al camarero— Puede usted ahorrar-se la cuenta.

—Caballero... Todo lo que se ha pedido tiene que abonarse.

—Entonces hay que comerlo aunque reventemos—decidió Carlos, poniéndose á la obra.

Del otro lado del pasillo, el austero Doctor Paul y el filantrópico señor Stewart, echaban al aire una de sus muchas canas, con la misma cara, digo mal, con cara de primos, sin que tuviesen ningún grado de parentesco, y con diferentes nombres para no perjudicar la reputación de los verdaderos.

La nota correspondiente á Carlos sumaba 47 dólares y medio, importe que partió *por el medio* á Carlos, (cuyo capital era inferior al mismo) que hubiese deseado poder hacer lo mismo, en justa venganza, con la suma; es decir *partirla por el medio*; esta operación la reduciría á 23 dólares con 75 céntimos de dólar y le permitiría quedarse con una perra gorda para una caja de cerillas.

Suerte tuvo Carlos de la llegada de Percy, con su nota en una mano, la cual nota ascendía á 5 dólares y medio (era sobrio á pesar de su gordura). He aquí la *bromita* que le gastó: Percy había ido á ver á Carlos porque se marchaba y con la intención de saludar á la chica del taxi, si es que se hablaba con Carlos, y que tan simpática le había sido. Carlos no le negó tal capricho toda vez que su primo conocía la aventura. Mientras Percy hacía objeto de su galantería á Mignon, Carlos le cambió bruscamente la nota que aquél sostenía con los dedos de su mano derecha que apoyaba sobre su cadera hacia atrás.

A la gran estupefacción del camarero, Car-

los sólo pagó el importe de la nota de su primo. Luego, echó una zancadilla á Percy para que se fuera.

¡Esta vez si que se había caído!

Percy se fué y al dolor de la caída añadióse la sorpresa de la reclamación, por el camarero, del pago de la nota de su primo Carlos.

El señor Stewart salió, empujado por al-



Mientras Percy hacía objeto de su galantería á Mignon,...

guien desde un comedor, al pasillo, y vió á Percy:

—Hola, tío... ni una palabra á mi mujer ¿eh?

—Hola, sobrino... ni media palabra á la propia ¿entiendes?

—En ese reservado, tío, está cenando un

amigo tuyo con un una chica muy mona.

—¿Quién es él?

—Entra ahí...

—Y tú, vé allí un momento... Conocerás á mis amiguitas.

Percy no se hizo repetir la invitación y el señor Stewart llamó á la puerta del comedor de Carlos.

—Ese es Percy—dijo Carlos á Mignon, que se escondía, por si no lo fuera...—y esta vez lo mato.

Cogió un almohadón de un canapé y se lo tiró al supuesto Percy, que no era otro que su padre, cuando apareció en el umbral de la estancia:

—¡Ay, mi madre..!—exclamó Carlos—¡mi padre!

—¡Y yo que me figuraba que eras una mosquita muerta...!

—¡Y yo que me creía que eras más serio que el forro de una levita!

—¡Carlitos...! ¡Tú estás aquí con una muchacha!

—¡Papaíto...! ¡Tú estás aquí con dos muchachas!

—De tal palo, tal astilla! Oye, hijo mío... ¿la puedo ver?

—No hay inconveniente... Mirala...

—¡La señora Smith! Estoy viendo que voy á tenerle que dar otra medalla...

—Si... ya verá...—dijo Mignon, descubierta—Me gustan estas fiestas inocentes...

—Muy bien, pero que muy bien; voy á traerte una botella de champaña.

Y el padre de Carlos fué á buscar la botella

prometida.

Entretanto, Federico Smith, el terrible comandante, volvió á llamar á la puerta del reservado de Carlos:

—Soy Smith... ¿se puede?

Carlos corrió el pestillo.

—Sólo he venido para pagarle las ostras...

—No vale la pena, Comandante...

—Echaré el dinero por debajo de la puerta.

—Gracias..., pero no debía molestarse...

Sucumbiendo al deseo de saber quién estaba con Carlos, Smith miró hacia el interior del saloncito por el ojo de la cerradura. En posición poco adecuada, le sorprendió el señor Stewart que volvía con la botella:

—Caballero... eso es poco serio... ¿No le parece que está muy poco en consonancia con su uniforme?

—Oh, no... No es lo que usted se figura. Un amigo mío está ahí, con una muchacha... ¿sabe? Sólo tenía curiosidad por saber quién es ella.

—Si eso es lo que le interesa, yo acabo de verla: es una mujer casada, de Red Bank, New-Jersey.

—¿De Red Bank...? Me apostaría la cabeza á que es la mujer del veterinario... Siempre he sospechado de ella.

—No... Es la mujer de un fabricante de perfumes.

—¡¡¡MI MUJER!!!

Se armó un escándalo de padre y señor mío. El señor Stewart no pudo contener la furia del Comandante que era verdaderamente terrible vestido de uniforme.

Mignon, enterada de la gravedad de la situa-

ción, pues con Carlos lo había oído todo desde el interior del reservado, huyó por el balcón hacia otros reservados, y desde allí hacia su casa.

El bizarro militar blandió su espada; forcejó la puerta, que derribó, y fué embestido Carlos por todas partes. El café de la Paix se revolucionó por completo y los que todavía estaban tranquilos en sus reservados fueron puestos en pie de guerra por la carrera loca de Carlos á través de todos los corredores.

Carlos se detuvo en uno de dichos reservados y para tranquilizar á los que lo ocupaban, les dijo:

--No asustarse... No es nada... un pequeño incidente: un hombre quiere matarme...

La frase era para tranquilizar á un moribundo.

Se avisó á la policía. Cuando un representante activo de ésta se personó en el lugar del suceso, el Comandante y fabricante de perfumes, en una sola pieza, le notificó, colérico:

—Mi mujer... mi mujer con otro hombre.

El policía logró detener á Carlos. Instintivamente, en el momento de la detención, una mujer se cubrió el rostro. Federico Smith dijo:

—Héla aquí... esta es la mujer que estaba con él...

El policía, usando de su autoridad, hizo que la señora se mostrara á su marido:

—¡Esta no es mi mujer!— exclamó Federico.

—¿No es su esposa?... ¿De quién es, entonces? Señora... ¡Demonio! ¡ES LA MIA!

¡Atiza! El policía se volvió de tantos colores como tiene el arco iris y la emprendió de nue-

vo contra Carlos que electrizóse las piernas para volar. Y allí no fué Troya... porque faltaba el caballo.

* * *

Al día siguiente.

El padre de Carlos y el primo Percy, ambos temerosos de lo que podría ocurrirles si sus respectivas esposas se enterasen de la juerga de la noche pasada, hablaron así:

—Oye, tío. Carlitos no ha vuelto á casa todavía... ¿Habrás sido capaz de dejarlo en el calabozo toda la noche?

—Fuí á ponerle fianza, pero en la Comisaría me dijeron que no sabían nada de él.

—Yo también fuí á la Jefatura para responder de él, y tampoco sabían nada. Si me preguntan algo, voy á toser como nunca.

La señora Stewart fué quien puso fin á la conversación misteriosa de tío y sobrino.

El señor Stewart atribuyó á su reumatismo el no poder sentarse cómodamente, pero lo cierto era que había recibido un pinchazo de la espada del Comandante en cierta parte que con no nombrarla se adivina cual era.

El primo tosió, ya lo creo, ¡más que nunca!

—¿Dónde está Carlitos?—preguntó la señora Stewart.

—¿Qué decías, esposa mía?

—¿Dónde está Carlitos?

—Está durmiendo...

—Voy á llamarle...

—No le llames... Déjalo, mujer.

—¡Pero es absurdo! Ese muchacho debe ya estar levantado.

La madre de Carlos pasó del dicho al hecho

sin dilación.

—¡Ya se armó! El patatús vá á ser de alivio... De esta hecha el éter se pone por las nubes— gesticuló el señor Stewart.

A Percy le temblaban las piernas.

La providencia, la divina providencia no abandonó á Carlos, que saltó á su habitación por la ventana en el mismo momento en que su madre le llamaba desde fuera.

—¡Carlitos!

—Me estoy vistiendo, mamá—contestó él, oportunamente.

Reunida con su esposo y Percy, la señora Stewart, el primero le preguntó:

—¿Y Carlitos?... ¿Está?... ¿Está... indispuerto?

—No... Parece que está muy alegre.

Les faltó tiempo á los dos para ir á ver á Carlos.

—¿Qué ha sido de tí hasta ahora?—le preguntaron.

—Toda la noche me ha estado persiguiendo un policía... ¡Qué digo, un policía: un ciclón!

—Vas casi desnudo...

—¡Me ha dejado en mantillas!

—Pues, chico, nos ha hecho pasar un mal rato...

—Peor lo he pasado yo... Es terrible un policía que se cree engañado por su mujer.

Poco después, Carlos, su padre y su primo, sentados alrededor de una mesita para tomar el café, creían que se había conjurado el peligro; pero se les echó encima otro mayor: ¡el camarero del café de la Paix había sido tomado al servicio de la casa por la señora Stewart, que estaba buscando un criado distin-

guido desde algún tiempo á aquella parte! El camarero en cuestión había cumplido su palabra de no servir más en el café de la Paix para dedicarse á las casas aristocráticas.

Carlos, su padre y su primo, alarmadísimos, hicieron mil extravagancias para evitar que el camarero los reconociera. Sin embargo, los reconoció discretamente y, chascado, dijose:



—Es terrible un policía que se cree engañado por su mujer.

—He salido del café de la Paix, pero sigo teniendo los mismos clientes.

La señora Stewart dijo á sus parientes:

—¿Qué demonios os pasa cuando véis al nuevo criado?

Los tres expusieron su criterio acerca de la

mala facha que tenía el criado: opinaban que tenía una cara patibularia, y que lo mejor era despedirlo inmediatamente, encargando de ello á la señora Stewart, que era quien lo había admitido.

Esta complaci6nes, causando el consiguiente estupor al criado.

Este, cuando se quedaron solos los tres



...hicieron mil extravagancias...

hombres, sus clientes, les dijo que comprendía el motivo de su despido; pero antes de irse iba á contarle todo.

Carlos, su padre y Percy agasajaron entonces al criado, haciéndole inclusive mimos, para que guardase el secreto y se quedara en la casa.

Y dijeron á la señora Stewart que se habían equivocado al juzgarlo y que lo readmitiese. Así lo hizo ella.

La doncella enseñó á la madre de Carlos unos pantalones rotos de éste, que había encontrado encima de la cama. En un bolsillo halló la señora Stewart una tarjeta del café de la Paix. Severa preguntó á su hijo:

—Hijo mío... ¿Has estado fuera esta noche?

Carlos negó rotundamente y le salió bien la mentira, porque la entrega fue por un groom de un sobre dirigido á Percy por la administración del café de la Paix, conteniendo una nota de 47 dólares y medio, la nota de Carlos que por olvido no había pagado Percy, hizo suponer á la señora Stewart que su sobrino era el que había salido á correrla.

El pobre Percy recibió la ducha que correspondía á Carlos, pero la recibió á gusto con tal de que la aventura terminase allí, sin que su cara mitad se enterase de nada.

Mignon, la esposa del fabricante de perfumes, llegó á casa del señor Stewart para prevenir á Carlos que su marido iba hacia allí con objeto de regalar algunos perfumes á su madre, en agradecimiento á la concesión de la medalla; pero según ella, era que sospechaba algo.

Carlos escondió á Mignon en una habitación.

Llegó el Comandante, esta vez de paisano, quien reconoció al momento á Carlos y á su padre; y ante la señora Stewart descubrió que habían pasado la noche, usando otros nombres, en el café de la Paix. Carlos no tuvo más

remedio que confesar á su madre, aplastada moralmente por esa revelación, que la noche anterior estuvo cenando con la mujer del fabricante de perfumes.

Asustada, la madre de Carlos fué á avisar á la policía.

A solas, Federico, Carlos y su padre, se encrespaban los ánimos, no tanto como lo tenían estos últimos, pues el primero no iba de uniforme. ¡Menos mal! De paisano era más bien un cordero.

Llegó el policía, y volvieron Mignon, Percy, la señora Stewart, la doncella y el criado al salón, para ver cómo se arreglaba aquel asunto.

El policía dióse un golpe á la frente, y exclamó, por Carlos:

—¡Ah, demonio...! Ese es el pollo que ando buscando.

¡Expectación!

Carlos y el policía detrás desaparecieron velozmente en otra habitación, volviendo al poco rato. El guardia dirigió la palabra á todos los presentes:

—Un momento, señores... Me parece que puedo explicarlo todo... La noche pasada, haciendo mi ronda, encontré á este joven que andaba por la calle sonámbulo... Tenía frío y hambre. Esta caritativa señora (señaló á Mignon, la Chica del taxi,) le ofreció una taza de café... Inmediatamente telefoneé á su padre (por el señor Stewart). Este y ese otro caballero, (por Percy) vinieron á hacerse cargo del chico... y todo habría salido á pedir de boca si ese señor (por el fabricante de perfumes) no

hubiera sospechado injustamente de su esposa.

La solución no podía ser mejor.

Federico, arrepentido por la fogosidad inconveniente que tenía con el uniforme, preguntó á su esposa:

—Mignon... ¿Me perdonarás alguna vez?

—Si... á condición de no ponerte más el uniforme.

—¡Aceptado, amor mío!

El señor Stewart y Percy, maravillados, preguntaron á Carlos, conteniéndose la risa:

—¿Y cómo te las arreglaste para que el policía contara esa historia?

—Pues muy sencillo...—dijo, dirigiéndose á su padre.—Lo puse al corriente del lio, ahí dentro, y le regalé tu reloj de oro.

¡Qué listo era Carlos! ¡Pero que manía le había dado por las prendas de su padre!

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

La Novela Semanal Cinematográfica



Precios de suscripción
(pago anticipado)

Barcelona y provincias

Año 12 pesetas

Semestre. 7 "

Extranjero

Año 18 pesetas

Semestre. 10 "

Portugal, América y Filipinas

Año 14 pesetas

Semestre. 8 "

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal

Talleres gráficos E. VERDAGUER MORERA
Topete, 2 al 16 - TARRASA - Teléfono, 6007